

## AGENDA CIUDADANA

### LA DAMA Y EL LEVIATAN

Lorenzo Meyer

El Motivo.- En los tiempos que corren, la calidad política casi no se encuentra en los ámbitos de los profesionales de la misma sino en otros, por ejemplo, en el de las letras. La vida de una de nuestras grandes escritoras, Elena Poniatowska, cubre los dos últimos tercios del siglo XX y lo que va del actual. Esta columna, que no está acostumbrada a rendir homenajes, desea sumarse con entusiasmo al que se ha llevando a cabo en honor de tan singular personaje de las letras mexicanas, en la que se conjugan calidad literaria, política y moral.

Todo homenaje tiene como fin reconocer y exaltar virtudes o excelencias que son necesarias e indispensables a la comunidad pero que no son comunes. Quien ahora se detenga a examinar la biografía de Elena Poniatowska y por lo que a virtudes se refiere, tiene la posibilidad de elegir. Desde luego, lo que salta a la vista es la excelencia de una obra forjada a lo largo de cinco decenios y que ha permitido que su autora se haya convertido en la gran dama de las letras mexicanas. Sin embargo, la calidad de lo que escribe no su única virtud. Hay otras, entre las que se encuentra la de ser una observadora sensible al mundo social que la rodea, y por lo mismo capaz de desarrollar una empatía verdadera con un amplio espectro de personajes, que van desde una Jesusa Palancares proletaria hasta una artista cosmopolita como Tina Modotti.

Unido a la empatía y a la sensibilidad frente al mundo social, está el papel de Elena Poniatowska como actor político, pero no en el sentido común y vulgar de quien busca y logra una parcela donde ejercer algún tipo de autoridad formal, sino algo muy diferente, casi opuesto: político en el sentido moral, en la toma de posición en la esfera de lo público partiendo de una base ética. En efecto, como

periodista y escritora, Elena Poniatowska optó de manera abierta por la solidaridad con los que son objeto de la dureza de las reglas dominantes en lo económico y de la injusticia, la arbitrariedad y la corrupción en lo político. Con una mezcla de disciplina, imaginación y dominio de su materia, pero también de buena fe, generosidad y sencillez, Elena ha logrado transformar su posición política no sólo en testimonio, historia y análisis, sino en una aportación al debate sobre la distancia que separa al país que es, del que debería ser.

**Literatura y Política.**- Por principio, la literatura abarca a todo el fenómeno humano y, por tanto, también incluye al poder y a sus consecuencias. En realidad, las buenas letras pueden hacer de la política, incluso de aquella de la peor especie, una obra imperecedera. Ese es, justamente, el caso que nos ocupa.

Ya en el arranque de la civilización occidental, literatura y política tuvieron la oportunidad de marchar juntas. En efecto, al decidir Homero centrar La Iliada en la guerra de Troya, convirtió su gran poema, al menos parcialmente, en una obra política. Y no sólo porque la conducta del rey Agamenón se explica en buena medida como un ejercicio del poder, sino porque el gran telón de fondo, la guerra, es la expresión más dramática, extrema, de la política. Al examinar de manera paralela algunas de las más importantes tragedias griegas y otras tantas obras de teoría política de la misma raíz, se encuentra una gran correspondencia en las ideas centrales. Por ejemplo, el concepto de justicia implícito en “La Orestíada” se corresponde muy bien con el mismo concepto tal y como lo definió y desarrolló Platón en La República, (J. Meter Euben, The Tragedy of Political Theory, Princeton, 1990).

Y si bien las letras y la política se han acompañado por siglos, su relación no ha sido fácil. Dostoievsky, Conrad u Orwell, lograron en “Los endemoniados”,

“Nostromo” o “1984” respectivamente, elaborar obras de contenido político a la altura del arte, pero los ejemplos fallidos son numerosos. Al abordar el tema de la relación entre literatura y política, Irving Howe hace notar que la sustancia de tal relación implica siempre una tensión entre, por un lado, la ideología o los valores políticos --que por su naturaleza son abstractos--, y el trabajo propiamente literario por otro, pues este último tiene que abordar situaciones o experiencias muy concretas, con personajes envueltos en emociones, pasiones y sentimientos. En los intentos fallidos, esa contradicción entre literatura e ideología no se resuelve, pero en los casos exitosos, justamente el resultado de la tensión es lo que les da el interés. Para Howe, en los mejores ejemplos de obras literarias de carácter político “se genera una temperatura tan alta que las ideas [políticas] de las que se ha apropiado [el autor] se funden con los movimientos y las emociones de sus personajes” (Politics and the Novel, Nueva Cork, 1957, p. 21).

La forma en que la buena literatura puede captar la esencia de un acontecimiento y de una época e incluso de lo que está por venir, puede ser más vívida y de asimilación más completa para el público, que la que se logra a través del análisis del politólogo, el sociólogo, antropólogo o el historiador profesionales, por no decir ya nada del caso extremo: el economista. El análisis de los fenómenos del poder por los profesionales de las ciencias sociales pretende llegar lo más cerca posible a la objetividad a sabiendas de que eso es imposible. En contraste, en el escritor la subjetividad no tiene porque esconderse, su toma de partido es abierta, pero a final su eficacia como político y escritor depende de la capacidad y voluntad del autor para investigar --a veces en las mismas fuentes que el científico social-- y para no alejarse mucho de la frontera de lo posible, pues al final, la realidad impone su peso sobre todos.

**Tlatelolco**.- El movimiento estudiantil mexicano de 1968 y su dramática conclusión, la matanza del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco, es el momento en que el régimen autoritario posrevolucionario mexicano alcanzó uno de sus límites e inicio su lenta, y cruenta, cuenta regresiva. El tema ha sido abordado tanto por los profesionales de las ciencias sociales como por hombres y mujeres de letras, y hasta hoy los segundos llevan la delantera: Paz, Monsivais... Poniatowska. Cuando dos historiadores norteamericanos, Gilbert M. Joseph y Timothy J. Henderson, abordaron el tema de Tlatelolco para su enorme *reader* sobre México --(The Mexico Reader. History, Culture, Politics, Duke University, 2002)--, no optaron por algún colega sino por Elena Poniatowska. Hicieron lo justo, pues Elena aún no tiene rival en tan sangriento campo.

Fue en 1971 cuando apareció La noche de Tlatelolco. La autora subtituló su obra “Testimonios de historia oral” y la definió como “un collage de voces que rinden testimonio histórico”. Es eso, sí, pero mucho más. Se trata de una mezcla a punto exacto de periodismo, historia y literatura, que sigue siendo la mejor puerta de entrada para cualquiera que desee sentir y entender esa gran tragedia de la segunda mitad del siglo XX mexicano. La toma de posición de la autora en favor de quienes retaron a un gobierno autoritario y burocrático de partido “casi único” --las víctimas de un poder sin contrapesos, caracterizado lo mismo por su corrupción que por su insensibilidad--, es clara y de una tremenda eficacia política. No hay mejor documento para condenar a Gustavo Díaz Ordaz, a su gobierno, al régimen y a los intereses que les sostenían, que la obra de esta mujer de apariencia frágil, sonrisa fácil, de un profesionalismo absoluto y poseedora de una notable sensibilidad social, estética y ética.

La noche de Tlatelolco vio la luz cuando iniciaba su gobierno uno de los responsables del crimen colectivo que la obra recrea –Luis Echeverría-- y cuando ese presidente y el régimen que lo produjo se sentían tan seguros de su impunidad, que tomaron la decisión de repetir lo hecho el 2 de octubre del 68, el 10 de junio de 1971, esta vez en San Cosme. Claro, para esa repetición decidieron ya no usar al ejército como instrumento represor sino al grupo paramilitar de “Los Halcones”. De entonces acá, Díaz Ordaz, Echeverría y todo lo que ellos representan, se va amontonando en la zona oscura de nuestra historia. En contraste, las voces de aquellos a los que Elena Poniatowska les dio la palabra se reúnen, con toda su intensidad, valor y actualidad, en la zona opuesta.

La noche de Tlatelolco está elaborada al calor de los acontecimientos y tuvo como objetivo enfrentar de inmediato al crimen y al abuso del poder con sus actos y consecuencias. No tuvo ni buscó la “perspectiva” o “distancia” en el tiempo que es propia de la historia académica. Sin embargo, resulta que el tiempo que ha corrido desde entonces no sólo no ha mellado en nada el texto, sino que muestra que pese a su inmediatez, La Noche de Tlatelolco nació con perspectiva, al punto que hoy es ya un clásico de la literatura política mexicana.

Quienes sacaron al PRI de Los Pinos al cierre del siglo XX, se comprometieron a esclarecer y llevar ante la justicia de la historia y de los tribunales, a los responsables de lo ocurrido en Tlatelolco. Esa promesa aún está por cumplirse, pero la fiscalía especial creada para ese propósito se ha metido de lleno en los archivos de los aparatos de represión e inteligencia del viejo régimen y por tanto, hoy está disponible un material sobre el 68 del que Elena Poniatowska nunca pudo echar mano y quizá, ni imaginó que alguien, algún día, pudiera hacerlo. Como sea y en principio, ya se debería haber avanzado mucho en el

esclarecimiento de esa gran herida que la brutalidad autoritaria abrió en la conciencia nacional. En realidad, ya hay una bibliografía de regular tamaño en torno a la tragedia del 68, y sin embargo, lo escrito por Elena Poniatowska hace más de treinta años sigue manteniéndose a la cabeza de todo lo impreso sobre ese trágico episodio, pese a que se elaboró sólo con la ayuda de apenas unas notas periodísticas, pero con la visión y recuerdos propios de los que vivieron el drama desde el lado en que las balas hicieron impacto.

La voz de Poniatowska apenas si aparece directamente en la obra, pero todo el libro es ella a pesar de que son otros los que hablan. Todos los personajes que desfilan por las páginas de La noche... lo hacen en el orden y ritmo que la autora ordenó. Algunos ya eran conocidos en su momento e incluso seguimos teniendo referencias de ellos después, pero otros en esa obra hacen su primera y única aparición, algunos como personajes enteramente anónimos –aparecen como en una lotería, “el camillero”, “el soldado”, el “mano blanca”. La sensibilidad y el don literario con que la autora destila las vivencias de todos los interrogados les hace llegar al punto exacto donde quedan democráticamente convertidos en una sola historia colectiva política, social y cultural de primer orden. En algunos casos el testimonio es pormenorizado pero en otros --el contrapunto-- se reduce a una simple línea, pero que por si sola resume la naturaleza profunda del 68: “Los culatazos todavía los aguanto, yo lo que no tolero son los escupitajos” (Mauricio Sábines, estudiante). La última palabra se la da Elena Poniatowska a un soldado y a toda una obra colectiva del régimen: “Son cadáveres, señor...”.

La democracia mexicana de hoy es sinónimo de imperfección, pero la “dictadura perfecta” que desembocó en Tlatelolco es una infamia. Si hubiera una sola razón para confiar que efectivamente “el 2 de octubre no se olvida” a pesar

del tiempo y de los herederos del autoritarismo, esa razón se encontraría en La noche de Tlatelolco, trabajo de Elena Poniatowska.